

SERMON

DE SAN SIMON Y JÚDAS, APÓSTOLES.

(DE LÁZARO GARCÍA.)

Corde enim creditur ad justitiam; ore autem confessio fit ad salutem.

Con el corazon se cree para conseguir la justificacion, y con la boca se manifiesta la fe para conseguir la salud.

S. Pablo á los romanos, c. 10, v. 10.

Sin la fe es imposible agradar á Dios. El primer paso que tenemos que dar para llegarnos á Dios, es el creer en él y reconocerle por nuestro Dios y Señor. Pero para conseguir nuestra salud eterna y unirnos á Dios, no basta el creer simplemente; es necesario que nuestra fe sea viva y sea pública. Con la fe viva honramos á Dios en nuestro corazon, y con la confesion de nuestra fe le honramos delante de los hombres. Es necesario que estén de acuerdo nuestro entendimiento, nuestra lengua y nuestras obras. La fe del corazon destruye la presuncion de las propias fuerzas y del libre albedrío, la vana y soberbia confianza, y hace que el hombre confie solamente en Dios. La confesion pública y manifiesta de la fe hace que el hombre fiel desatienda y desprecie los juicios y la malicia de los hombres, y que estime, reverencie y tema á Dios mas que á todas las cosas. Hace que quede vencido el mundo con todos sus errores, sus placeres y promesas, y todos sus suplicios y tormentos, dice san Agustin. Porque esta es la victoria que vence al mundo, dice san Juan: nuestra fe.

Es poco tener á Jesucristo en el corazon y no atreverse á

confesarle delante de los hombres cuando se teme el oprobio, la contradiccion, los peligros ó los tormentos. Es necesario responder y dar testimonio de nuestra fe, confesar á Jesucristo con nuestra boca, y no avergonzarnos de confesarle y reconocerle delante de sus mismos enemigos. Esta es la gloria de los mártires y confesores, el oficio y obligacion de todos los cristianos, lo que el Apóstol nos enseña diciéndonos que con el corazon se cree para conseguir la justificacion, y con la boca se debe manifestar la fe para conseguir la salud. *Corde enim creditur ad justitiam; ore autem confessio fit ad salutem.* Los que no creen lo que confiesan con la boca son impíos, embusteros y engañadores sacrílegos. Los que niegan ó no se atreven á confesar con su lengua y con sus obras lo que creen en su alma y su corazon, en vano esperan la salud. Interior y exterior debe ser nuestra fe. Debe estar en el corazon y en las palabras y las obras. Como Jesucristo vive en nuestro corazon, así es preciso que habite en nuestros labios: que no digamos otra cosa de lo que sentimos, cuando se trata de dar razon de nuestra fe, que no nos avergoncemos cuando se nos eche en cara y tenga á mengua el ser cristianos, ni temamos confesarle por las amenazas, las persecuciones y tormentos. No sin causa quiso Jesucristo que se nos imprimiese la señal de la cruz en la frente, cuando se nos admite á la fe por el sacramento del bautismo, para que recordemos que jamas debemos avergonzarnos ni ocultar nuestra fe. Con el corazon, con las palabras y las obras debemos creer en Jesucristo. Tal debe ser nuestra fe si queremos justificarnos y salvarnos, si queremos llegar á ser justos y santos: *Corde enim creditur ad justitiam, ore autem confessio fit ad salutem.* Tal fué la fe y el ejemplo que nos presenta hoy para nuestra instruccion, y para que tomemos aliento, nuestra madre la iglesia, en los santos y esclarecidos apóstoles san Simon y san Júdas.

Oyeron á Jesus cuando estaba en la ignominia, en el abatimiento, en el desprecio y la contradiccion, y creyeron en él, le siguieron, le hicieron dueño de su corazon y sus afectos, lo renunciaron todo por llevar la noticia del nombre y la religion de Jesus al Egipto, á la Mesopotamia, á la Persia y otras regiones, despues de haber predicado al mismo Jesus en la Judea, la Galilea, la Samaria, la Idumea y la Siria. Estuvieron tan léjos de abandonar la fe de su corazon, y de avergonzarse



de confesar á Jesucristo delante de los hombres, que le confesaron no solamente con sus palabras, sino tambien con sus obras, con su sangre, dando por él su vida en los tormentos mas crueles.

¿Por qué me apresuro á presentar la historia de su vida y de su muerte, habiendo de formar hoy el elogio de estos santos y publicar sus gloriosas victorias? Porque, hermanos míos, la historia de estos gloriosos apóstoles es la historia de su fe, y yo he dispuesto reducir todo su elogio á manifestaros que creyeron en Jesucristo con todo su corazón, con sus palabras y sus obras. Al paso que recordamos las glorias y los triunfos de la fe de los ilustres apóstoles san Simón y san Júdeas, entrando en los sentimientos y deseos de nuestra madre la iglesia, aprendamos en su ejemplo cuál debe ser la nuestra, y cómo debemos creer en Jesucristo si queremos justificarnos y salvarnos.

Uno mismo es el Señor, y rico para todos los que le invocan. Invoquémosle y recurramos á él nosotros que somos tan pobres y miserables, y nos hará participantes de sus riquezas, que son los dones y auxilios espirituales que tan necesarios nos son para formar santas resoluciones y formar buenos propósitos. Y para que sean mas atendidas nuestras súplicas, interpongamos la mediacion de María santísima saludándola con el ángel: *Ave Maria.*

La fe proviene de lo que oímos, y sin que se nos anuncie el Evangelio no podemos creer en él, porque no podemos creer jamas en aquello de que jamas tenemos noticia y de que nadie nos habla. Por esto vino Jesucristo al mundo, se hizo hombre y habitó entre nosotros; para anunciarnos la verdad, para instruirnos, para que todos creyesen por su testimonio, y si no hubiera venido ni hubiera hablado, tendríamos excusa de nuestra infidelidad y de nuestra ignorancia; pero habiéndose dado á conocer y enseñado su doctrina con sus palabras y sus obras, no queda á los hombres excusa alguna de su incredulidad y de su obcecacion y permanencia en el error y las tinieblas. San Simón y san Júdeas tuvieron la dicha de oír de la boca del mismo Jesucristo su doctrina celestial y sus palabras de vida eterna; le oyeron cuando anunciaba á las turbas el reino de Dios y justicia, y mucho mas dichosos que por haberle oído, lo fue-

ron porque creyeron en él y abrazaron la fe y doctrina que anunciaba con todo su corazón.

Simón, llamado el Cananeo, porque nació en la ciudad de Caná en la provincia de Galilea, bien sea que fuese el esposo de las bodas de Caná á que fueron convidados el divino Salvador y su santísima Madre, y donde Jesus hizo el primer milagro, como quieren algunos doctores; ó bien sea que fuese otro distinto, lo que no podemos dudar y lo que forma el mérito de este santo es, que desde que oyó á Jesus creyó en él con todo su corazón, que se resolvió á dejarlo todo por seguir á Jesus pobre, despreciado, sin honores, sin grandeza y sin otro acompañamiento que los que voluntariamente querian seguirle, cuando pasaba predicando por las ciudades y las aldeas y curando los enfermos que le presentaban; que no reconoció otro maestro; que no le perdió jamas de vista, y fué testigo de todas sus maravillas; que no se separó de su doctrina, y que iluminado una vez con la luz de la fe, la conservó siempre en su corazón. Lo que no podemos dudar es que Jesucristo le eligió para ser uno de sus apóstoles, y esta eleccion para tan alto ministerio es por sí sola mas que cuanto se nos pueda decir en su alabanza.

San Júdeas, llamado Tadeo, fué hermano de Santiago el Menor, hijos de Alfeo y de María, familia toda tan conocida en el Evangelio por su amor á Jesucristo, por ser parientes muy inmediatos de María santísima, por cuya razon se le llama como á Santiago, hermano del Señor, segun la costumbre de los judíos. ¿Tardaria mucho en conocer á Jesus, en seguirle y ser uno de sus apóstoles? Su fe pronta y viva se nos manifiesta bien en el amor que tuvo siempre á Jesucristo, en la compañía que hizo á Jesucristo siendo testigo de sus maravillas, en la constancia con que siguió á Jesucristo y en la generosidad con que se desprendió de todo por seguir á Jesucristo, apareciendo siempre como un amigo de su divino Maestro.

Nosotros hemos oído el Evangelio de Jesucristo; se nos ha anunciado cuando ya está extendido por todo el mundo, cuando no ya solo en la Judea, donde Jesus enseñaba su celestial doctrina entre las contradicciones, las burlas, las amenazas, entre las dudas y temores de los que le oían, sino que en todo el mundo resuena el nombre de Jesus y se hallan seguidores fieles de su Evangelio; cuando el mundo todo ha palpado ya los

testimonios de su verdad y la confirmacion de la doctrina que enseñó; cuando los pueblos enteros, los príncipes y reyes mas poderosos se glorían de ser cristianos; nosotros hemos tenido la dicha de recibir la fe casi al mismo tiempo que recibimos la vida. El Señor quiso por su misericordia que se nos infundiese en el sacramento de la regeneracion, en el que se nos dió la fe que presta la vida eterna, para que no perezamos y tuviésemos abiertas las puertas del cielo; sin embargo, ¿tenemos grabada y arraigada esta fe en nuestro corazon? ¿Es nuestra fe tal, que sirva para justificarnos? ¿Es tan viva que nos haga amigos y amantes de Dios, y que no queramos sino lo que Dios quiere, ni tengamos otro maestro, ni otros afectos, ni otras inclinaciones que las que nos enseña y nos pide la fe? Creemos, pero nuestra fe es por lo comun una fe estéril, tibia, lánguida; una fe que no radica en el corazon, que no nos anima á obrar y vivir segun nos enseña la fe; creemos, y sin embargo nada de cuanto nos enseña la fe nos hace fuerza ni nos mueve; por una terrible desgracia sabemos componer el conocimiento de las verdades mas espantosas y trascendentales de nuestra religion con una continuada infidelidad, y vivimos en el mundo tan entregados á sus vanidades y placeres, tan olvidados de la eternidad, tan distantes de Dios como si no tuviéramos fe, ni esperáramos otra vida que la presente.

No hablo de tantos cristianos infelices, que despues de haberse corrompido en sus vicios, blasfeman de su religion y nada les está mejor que vivir sin Dios, sin ley, sin conciencia y sin aspirar á otro destino que al de los jumentos. De tantos cristianos que no contentos con ser pecadores é infieles á Dios, se han abandonado á la impiedad para vivir mas libremente en sus inmundos y vergonzosos placeres; han sofocado los gritos de su conciencia y de su fe; han resistido al Espíritu santo que los ilustra y á la gracia del Señor que los llama, y han dicho en su corazon: *no hay Dios*, ni gloria, ni infierno, ni premios, ni castigos; y viven en la indiferencia y desprecio de toda religion, y entregados enteramente á una vida animal. Aun entre los cristianos tímidos, entre los que pasan por devotos y que hacen aprecio de su religion ¿qué hallamos por lo comun, sino unas prácticas exteriores, un culto y devocion que consiste en palabras, en adornos de los templos y las imágenes, en asistir á los ejercicios piadosos, sin dejar por eso los placeres y como-

didades del mundo, sin privarse de sus gustos, sin hacer á Dios el sacrificio de su voluntad y de su corazon y adorarle en espíritu y verdad?

Convenzámonos de que esta fe es estéril, que no sirve para unirnos intimamente á Dios y justificarnos: que es preciso que creamos no solamente por un hábito y costumbre, sino con todo nuestro corazon; que como los apóstoles san Simon y san Júdas creamos en Jesus con una fe pronta, viva y dispuesta á servirle y hacer cuanto sea de su agrado con toda nuestra alma y con todo nuestro corazon.

Es preciso tambien que demos testimonio de nuestra fe, que la publiquemos con nuestros labios, y que no nos avergoncemos de manifestar y confesar delante de los hombres la fe que tenemos en nuestro corazon, sin temor á los peligros y tormentos y sin enmudecer por amor á los bienes de este mundo, de que nos dan el ejemplo los mismos san Simon y san Júdas.

Verdad es que atemorizados con la sangrienta persecucion de su Maestro, huyeron y le abandonaron en manos de sus enemigos, quienes le apresaron en el huerto de las Olivas, y le llevaron á los tribunales para darle la sentencia de muerte; pero no se escandalizaron de la cruz; no dejaron de creer la doctrina que les enseñó; aunque no estaban todavía ilustrados en los misterios de nuestra redencion, ni comprendian como era conveniente que Jesucristo padeciese la muerte de los malvados y malhechores, para entrar triunfante y victorioso en su reino; lloraban en la oscuridad y el silencio, y esperaban con confianza las promesas que Jesucristo les hizo perseverando en la oracion; y luego que fueron revestidos de la virtud de lo alto, luego que bajó sobre ellos el Espíritu santo, nada pudo contenerlos para que anunciasen con su boca la fe de su corazon, para que publicasen sobre los techos lo que habian oído en el retiro y compañía de Jesus, para que echasen en cara á los mismos judíos sus delitos y su enorme sacrilegio, y diesen á conocer á Jesus como el Mesías prometido, como el Hijo de Dios y salvador del mundo. No contentos con confesarle y predicarle en la Judea y la Samaria, en medio de sus mas encarnizados enemigos, á la vista de los mismos jueces y verdugos de Jesus, sin mas deseos que llevar su nombre y su religion á todo el mundo, sin otra ambicion que dilatar el reino de Jesus, sin otras esperanzas que padecer y derramar su sangre por confesarle;

sin otros preparativos que su celo, sin armas, sin defensa, sin apoyo, sin proteccion, se extienden hasta las regiones mas remotas. San Simon se dirigió al Egipto donde sembró la semilla del Evangelio que produjo tantos santos y fué la habitacion de millones de anacoretas. Corrió las vastas provincias del África, la Mauritania y toda la Libia; el mundo entero parecia estrecho campo para su celo, y á un tiempo quisiera hallarse en todas partes y convertir á su fe á todos los hombres. Pasó á la Persia despues de haber padecido infinitos trabajos y de haber conseguido en todas partes abundantes frutos, despues de haber empleado sin descanso treinta años en llevar la luz del Evangelio á las naciones idólatras.

San Júdas con no ménos celo y fervor, y sobreponiéndose á innumerables privaciones, fatigas y trabajos, publicó la fe de Jesucristo en la Mesopotamia y la Libia, haciendo con sus oraciones, su predicacion, sus milagros y su vida ejemplar y penitente muchísimas conversiones de infieles. Y lleno de celo por el aumento y conservacion de la fe de Jesucristo en toda su pureza, habló enérgicamente á todo el mundo, á los fieles de todos los lugares y de todos los tiempos en su Epístola católica, oponiéndose á los falsos doctores que corrompian la doctrina sana y llenaban de turbacion la iglesia. Mira como enemigos propios á los enemigos de la verdad, pinta á los herejes con todo el horror y los trata con toda la dureza que merecen sus errores y sus estragadas costumbres; pero avisa al mismo tiempo en prueba de su celo enteramente cristiano, que no desea sino prevenir á los fieles para que no se dejen corromper, que no busca otro fin que la conversion y salvacion de los mayores enemigos de Jesucristo, y ruega encarecidamente á todos para que con sus oraciones y con sus buenos ejemplos trabajen con humildad en la conversion de aquellos miserables, apartándolos del fuego eterno donde los precipitan sus extravíos ylocuras.

Por disposicion del Señor vinieron á unirse estos dos esclarecidos apóstoles en Persia, teatro destinado para su martirio, para término de su dichosa carrera, para que allí diesen testimonio público de su fe sellándole con su sangre, y pasasen á recibir la corona y el descanso. Los milagros que obraron, el silencio de los ídolos que enmudecieron desde su llegada, su modestia, su oracion, sus palabras llenas de amor y ternura, la eficacia con que anunciaron la fe y doctrina de Jesucristo, todo

contribuyó á que se convirtiesen muchísimos, y abandonando sus errores y despreciando á los ídolos se hiciesen discípulos de Jesus crucificado. El demonio no podia mirar sin tomar venganza la destruccion de su imperio; los magos y los sacerdotes de los ídolos cerraron sus ojos á la luz, se obstinaron en sus errores y fueron el instrumento de que se valió el demonio para perder á nuestros santos. Alborotaron y conmovieron al pueblo, pidieron su sangre inocente, como los judíos la de su Maestro. ¿Se acorbardarán estos apóstoles á la vista de los tormentos y la muerte? ¿Se avergonzarán de confesar á Jesucristo delante de los hombres? ¿La fe que tan arraigada está en su corazon, desaparecerá de sus labios á la vista de los peligros? No, amados míos. Entre el furor de un pueblo alborotado, sin ley, sin respeto, instigado por la furia de Satanás, fueron arrastrados ante los ídolos para que les ofreciesen incienso; pero entónces publicaron con mas fuerza á Jesucristo y no dudaron aceptar la muerte ántes que negarle. San Simon fué aserrado por medio, y á san Júdas le cortaron la cabeza.

Tal fué la fe de estos esclarecidos apóstoles. Una fe que radicó profundamente en su corazon, y que publicaron delante de sus enemigos y verdugos con su boca sin vergüenza ni temor. Una fe acreditada con obras y palabras. Una fe interior, que es la que justifica, y exterior y pública, que es la que da la salud y salvacion eterna.

Tal es preciso que sea la nuestra, hermanos míos, y á esto deben animarnos los ejemplos de estos ínclitos apóstoles y la gloria inmensa que ahora disfrutan. Creamos, pero no basta que sea solo con nuestro corazon, que nos contentemos con llorar en silencio los ultrajes que recibe nuestra fe; es preciso que hagamos una profesion pública de nuestra misma fe, que no nos avergoncemos de ser cristianos, que no temamos los insultos, los desprecios, las burlas y persecuciones de los enemigos de Jesucristo, que confesemos con nuestra boca nuestra fe, sin disimulo y sin temor. Esas condescendencias con las impiedades y blasfemias que tan descaradamente se cometen; esa frialdad con que miramos los ultrajes que se hacen á la religion de Jesucristo; ese silencio cobarde con que dejamos que hable y vomite impunemente el impío sus detestables máximas, nos condenan y nos pierden y dan á conocer que falta mucho á nuestra fe para ser tal como la de los apóstoles y como debe ser para

salvarnos. *Ore autem confessio fit ad salutem.* En este siglo de irreligion y de impiedad quiere el Señor que seamos todos apóstoles suyos, que salgamos á su defensa, que no nos avergoncemos de confesarle, que no seamos condescendientes y cobardes, dando con nuestra conducta ocasion al perverso para gloriarse y caminar adelante en sus delirios; que nos opongamos publicando nuestra fe, aunque seamos reconvenidos, burlados y perseguidos por ella. No basta creer, no basta publicar y enseñar la fe y doctrina cristiana á los hijos, los domésticos y demas fieles piadosos, es necesario tambien defenderla en las ocasiones peligrosas, delante de los mismos que la calumnian y persiguen, sin avergonzarse jamas de confesar con los labios la fe del corazon, como lo hicieron los apóstoles san Simon y san Júdas.

Así, y solo así podrá salvarnos nuestra fe, como nos los enseña el Apóstol, y así prometemos hacerlo agradecidos á un Dios que dió su vida por nosotros. Favoreced nuestros votos y deseos con vuestra intercesion, gloriosos apóstoles; logradnos del Señor ántes que todos los bienes el don de una fe viva, que no separándose de nuestros corazones ni de nuestros labios, nos preste la vida eterna, nos dé la justificacion y la salud y nos consiga el acompañaros y bendecir al Señor por los siglos de los siglos en la gloria. Amen.

SERMON

DE SANTA TECLA.

(DE LA BIBLIOTECA PREDICABLE.)

Infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia.

Dios escogió las cosas flacas del mundo para confundir las fuertes.

I. á los corintios, c. 1. v. 27.

Moradores del campo, hijos de la montaña y honrados aldeanos, que acudis festivos á este santo templo á glorificar al Dios que nos ha criado y redimido, regocijaos : dad saltos de júbilo y de alegría; abrid vuestras almas á los consuelos; ensanchad vuestros corazones, y satisfaced vuestros deseos; porque este es el día que ha destinado el cielo para enriquecer á los pobres, para ensalzar á los humildes, juzgar en justicia á los inocentes, y salvar en su misericordia á los pecadores. El real Profeta os ha visto salir de vuestras casas, ha seguido vuestros pasos, os ha acompañado por los caminos que conducen á esta santa iglesia, ha contemplado en ella la devocion con que solemnizais los presentes cultos, y en su asombro no ha podido contenerse; exclamó y dijo de vosotros : *Yo he dicho que sois dioses, y todos hijos del Excelso* (1). ¡Qué dicha y felicidad! Dioses é hijos del Excelso los que agrupados al rededor de aquel sagrado tabernáculo fijan sus almas en la divinidad, se elevan sobre todo lo carnal y terreno, y semejantes á los espíritus angélicos que bendicen al Dios trino y uno, llamándole tres veces santo! ¿Quién de vosotros no hará un esfuerzo para hacerse digno de tanta ventura? ¿Quién de entre los que me escuchan no se ten-

(1) *Psalm. 81. v. 6.*